

cano en los primeros dias de noviembre, y se distribuyeron entre Búfalo, Black Rock y Batavia, donde estaban los cuarteles de invierno (*).

Durante el verano del mismo año, se proyectó una expedición para recobrar á Mackinaw, y con este fin, la escuadrilla del lago Erie se dirigió al Huron á las órdenes del comodoro Sinclair, mientras el coronel Croghan, acompañado del mayor Holmes, salía de Detroit el 5 de julio para cooperar con dichas fuerzas. Poco despues, los americanos destruían los depósitos ingleses de San José y Salto de Santa María, y acto continuo se dirigieron á Mackinaw. Croghan desembarcó sus tropas el 4 de agosto; mas no teniendo fuerzas suficientes para apoderarse del fuerte, fué rechazado por los ingleses con pérdida de muchos bravos oficiales entre los cuales se contaba el mayor Holmes. Dos buques que habían dejado los americanos en el

(*) Ingersoll (v. II, págs. 109-14) hace algunas reflexiones acerca del efecto moral que produjo la guerra en el Norte.

lago con el objeto de impedir que recibieran víveres los ingleses, cayeron en poder de estos, pero el comodoro Sinclair consiguió luego recobrar uno de ellos (*).

Disgustado el general Harrison por la conducta del Secretario de la Guerra, que no era muy amigo suyo, y que había faltado á la etiqueta militar en diversas ocasiones, remitió su dimisión desde Cincinnati el 11 de mayo y se retiró á la vida privada.

En 22 de octubre, el general M'Arthur, que se había encargado del mando en reemplazo de Harrison, salió de Detroit con unos setecientos hombres en dirección al Támesis, y despues de haber dispersado varios destacamentos británicos y destruido sus almacenes, apoderándose de ciento cincuenta prisioneros, volvió á Detroit en 7 de noviembre sin haber perdido más que un solo hombre, despues de lo cual se licenciaron las tropas.

(*) En la Historia de Mr. Afee se dá cuenta detallada de todas las operaciones en el noroeste, citándose una multitud de cartas, documentos, etc.

CAPÍTULO XII.

1814.

LA INVASION DE WASHINGTON.

Los ingleses en el Chesapeake.—La flotilla de Barney.—Proyectos del enemigo.—Medidas adoptadas por el Gobierno para la defensa de Washington.—El general Winder.—Sus apuros y vacilaciones.—La flota de Cochrane entra en el Chesapeake.—Las fuerzas del general Ross desembarcan en Benedicto.—Las tropas de Winder.—La brigada de Stansbury.—Toma de un puesto militar en Bladensburgo.—Retirada al Capitolio y á las alturas de Georgetown.—Destrucción de buques.—El general Ross entra en Washington.—Destrucción de la ciudad.—Retirada de los ingleses.—Consecuencias de la invasion.—Triunfo de Gordon en Alejandria.—Desgracia de Parker.—Tentativa contra Baltimore.—Muerte del general Ross.—Batalla de North-Point.—Bombardeo del fuerte M'Henry.—Retirada de Cochrane y sus tropas.—Vuelta del Presidente á Washington.—Se reúne el Congreso.—Mensaje.—Mr. Jefferson ofrece su biblioteca al Congreso.—Cambios en el Gabinete.—Hacienda, impuestos y proyecto del Banco.—Planes de Monroe para aumentar el ejército.—Muerte del Vice-presidente.—Apéndice al capítulo XII.

La escuadra inglesa que recorría la costa continuó con su sistema de saqueo y devastación siempre que se le presentaba una oportunidad, y en el Chesapeake, sobre todo, fué donde los ingleses, mandados por Cockburn, cometieron mas escesos. Con el fin de atender á la defensa de las isletas y pequeños rios, organizóse una flotilla americana compuesta de un bergantín, dos cañoneras y nueve buques pequeños, á las órdenes del comodoro Barney, quien durante el mes de junio llevó á cabo varias empresas notables al desempeñar sus peligrosas funciones. Inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo el enemigo para apoderarse de la flotilla de Barney, pues el hábil marino, tan pronto huía de los ingleses salvando los escollos, como les atacaba de improviso sin dejarles tiempo de defenderse.

Cockburn había amenazado atacar á Washington el año anterior, pero ni el Secretario de la Guerra, ni los demás hombres del Gobierno, creyeron nunca que esto pudiera realizarse, no solo porque en su concepto se hallaba suficientemente defendida la ciudad, sino porque no se pensó que los ingleses se atreverían á intentar tamaña empresa, por mas que contasen con fuerzas numerosas para asaltar la capital de los Estados-Unidos. Inglaterra, sin embargo, una vez vencido Napoleon, podía disponer de muchos buques y hombres, y por esto sin duda había resuelto dar un golpe contundente á fin de obligar á los americanos á pedir la paz sin condiciones.

El Presidente de los Estados-Unidos supo por varios conductos en el mes de junio, que en efecto se trataba de asaltar la capital, y

en su consecuencia, convocó en Consejo á los diversos jefes de los departamentos, y propuso que se reuniera el mayor número de tropas regulares á fin de formar un campamento de tres mil hombres en cualquier punto situado entre Patuxent y la parte Oriental del Potomac, organizando al mismo tiempo un cuerpo de diez mil hombres de la milicia en Washington. Esta proposición mereció el asentimiento de todos, y no debe ponerse en duda, que de haberse realizado este plan, ni Baltimore ni Washington habrían tenido nada que temer de las armas inglesas. Siguiendo las indicaciones del Presidente, adoptáronse desde luego medidas para llevar á cabo el proyecto, y en su consecuencia, se pidieron al distrito de Columbia los dos mil hombres de que se componía su milicia, á Maryland seis mil, á Pennsylvania cinco mil y á Virginia dos mil, componiendo en todo un total de quince mil hombres, de los cuales era de esperar que cuando menos cinco mil no dejarían de servir fielmente. Además de esto se averiguó que podía contarse con diez mil hombres de tropas regulares, un escuadrón de caballería de Pennsylvania, alguna milicia de la Carolina del Norte y los marinos del comodoro Barney, dado caso que fuera necesario abandonar la flotilla. En proyecto, todo esto era muy bueno; mas debe tenerse presente que aun debían reunirse los quince mil hombres, y que luego sería preciso instruirlos y prepararlos convenientemente para batirse con tropas veteranas, tales como las que acaso invadirían al país.

El distrito de Columbia, Maryland y parte de Virginia, se organizaron en un solo distrito militar, cuyo mando se confirió en 5 de julio al general Winder, el cual empezó á desempeñar sus funciones con el mayor celo; mas por desgracia todo estaba desorganizado: era preciso desde luego construir fortifi-

caciones, reunir las tropas, trazar el plan de campaña, etc., y esto ofrecía grandes dificultades. El gobernador de Maryland llamó á las armas tres mil hom- **1814.** bres de la milicia, pero solo se presentaron trescientos; el gobernador de Pennsylvania, no teniendo suficiente autoridad para que se atendiera á sus escitaciones, solo podía apelar al patriotismo del pueblo, lo cual como sabemos no produce grandes resultados, y de este modo, no contando con Maryland y Pennsylvania, los quince mil hombres que se necesitaban quedaban reducidos á la tercera parte. A principios de agosto, Winder no tenía á su disposición sino mil hombres de tropas regulares y unos dos mil de la milicia, á cuyas fuerzas se incorporaron luego algunas de Annapolis y una brigada de la milicia de Maryland, procedente de Baltimore á las órdenes del general Stansbury; esperábase que luego acudirían numerosos voluntarios resueltos á rechazar al orgulloso enemigo, pero aun cuando así fuera, no quedaba duda que con tan pobre defensa, no encontraría el general inglés muchos obstáculos para realizar sus planes (*).

El 16 de agosto, veintiun navíos de línea al mando del almirante Cochrane llegaron á la bahía de Chesapeake para incorporarse con

(*) Ingersoll (vol. II, pág. 164) manifiesta cuál era el estado de los asuntos en Washington cuando los ingleses proyectaron su invasión, espresándose en los términos siguientes: «Se carecía absolutamente de fondos, y los diversos bancos de los Estados, que habían emitido algunos miles de duros en papel, cuyo valor estaba en baja, suspendieron luego sus pagos en metálico á consecuencia de la invasión de Washington. Además de esto, no había armas bastantes; la pólvora americana era muy inferior á la inglesa; no se contaba con un solo cañón montado para la defensa de la ciudad, ni con tropas regulares, ni fortificaciones, ni obras de defensa, ni con nada en fin de lo que se necesita en semejantes casos. La milicia de Maryland y Virginia había hecho un servicio tan penoso, que no estaba dispuesta á entrar en acción; la mayor parte de los tropas se componía de reclutas que nunca habían recibido el bautismo del fuego, y sobre todo esto, faltaba el dinero.»

la escuadra de Cockburn, y una vez reunidas estas fuerzas, formáronse tres divisiones: la primera marchó al Potomac, conducida por el capitán Gordon, á fin de bombardear el fuerte Warburton, preparando el camino para dirigirse á la ciudad de Washington; la segunda al mando de Sir Pedro Parker, enderezó el rumbo hácia Baltimore, y la tercera en fin, subió el Patuxent, aparentemente con la intención de atacar la flotilla del comodoro Barney, refugiada en dicho río, pero en realidad con el objeto de atacar á Washington. Al efecto, la tercera división se dirigió desde luego á Benedicto, punto situado al Sudoeste á unas cuarenta millas de la capital, al cual llegaron los ingleses en 19 de agosto, desembarcando inmediatamente las tropas al mando del general Ross. El 21 prosiguieron estas fuerzas su marcha hácia Nottingham, y el 22 llegaron á Marlborough, protegidas siempre por una parte de la escuadra del almirante Cockburn. Al día siguiente, según órdenes recibidas del Secretario de la Guerra, el comodoro Barney hizo destruir su flotilla, y seguido de sus marinos fué á incorporarse con el general Winder.

Las fuerzas del general Ross solo ascendían á cuatro mil quinientos hombres, aun cuando corrió la voz de que no bajaban de diez mil; pero la marcha era lenta, no solo porque se debían tomar precauciones contra las emboscadas, sino porque estaban demasiado fatigadas las tropas y no podían cami-

1814. nar rápidamente. De vez en cuando dejábanse ver algunos de aquellos famosos tiradores de que hemos hablado antes; con frecuencia se divisaban en los bosques varias partidas de milicia americana que se iban retirando según avanzaban los ingleses, y todo esto obligaba al enemigo á estar alerta por temor de una sorpresa nocturna. En no pocas ocasiones también veíase

huir en masa á los habitantes de los pueblos y ciudades, atemorizados ante la presencia de los atrevidos invasores.

Las fuerzas del general Winder ascendían entonces á unos tres mil hombres, pero la mayor parte, que eran de la milicia no se habían batido nunca, y las tropas de Baltimore y Annapolis no habían llegado aun, así como tampoco el destacamento de Virginia. Winder estableció su campamento en Woodyard, punto situado á unas doce millas de Washington, y en la mañana del lunes, 22 de agosto, dirigióse una avanzada, á las órdenes del coronel Scott y del mayor Porter hácia el camino de Nottingham, donde por primera vez divisaron al enemigo, si bien los americanos no creyeron prudente atacar porque no contaban sino con tropas indisciplinadas. De este modo, el general Ross que no llevaba caballería, ni siquiera un cañón, pudo avanzar sin ser molestado á través de un pintoresco país lleno de desfiladeros, barrancos, riachuelos y bosques, de cuyas circunstancias se hubieran podido aprovechar los americanos en vez de retirarse, como lo hicieron, sin intentar nada en defensa de sus casas y hogares. Winder se retiró á Old Fields, posición situada á unas ocho millas de Marlborough, dejando algunas tropas en Bladensburg y en los puentes de Potomac y Warburton.

En la misma tarde, y después de una marcha muy penosa, llegó á Bladensburg con su brigada el general Stansbury, cuyas tropas se agregaron en la tarde siguiente el quinto regimiento de Baltimore, al mando del coronel Sterrett, y un batallón de tiradores á las órdenes del mayor Pinkney, componiendo en todo un total de dos mil doscientos hombres. Monroe, el Secretario de Estado, que no había dejado de transmitir oportunamente sus instrucciones á Winder,

llegó á eso de la media noche al cuartel general de Stansbury, con el objeto de anunciar que el enemigo iba avanzado, y que por lo tanto convenia caer inmediatamente sobre la rataguardia de los ingleses; mas como las tropas estaban fatigadas, el jefe americano no creyó prudente este movimiento y permaneció toda la noche ocupando la misma posición. Sin embargo, al saber la retirada de Winder, Stansbury resolvió avanzar hácia Washington; cruzó con este fin el puente del Potomac, protegiendo lo mejor posible su rataguardia, y por la mañana temprano continuó su marcha, á fin de buscar una posición apropiada para la defensa. Poco despues se recibieron órdenes del general Winder, el cual mandaba que se presentase la batalla al enemigo en Bladensburg, en el caso de que apareciera: reflexionando que sus tropas eran bisonas y estaban muy cansadas, mientras que las del enemigo, doblemente numerosas, eran aguerridas, Stansbury reunió en consejo á sus oficiales, los cuales convinieron en que no habia posibilidad de resistir á los invasores; pero como á las pocas horas se recibiera una segunda orden en el mismo sentido y mas terminante, el jefe americano no tuvo mas remedio que obedecer arrojando las consecuencias.

La llegada del Presidente de los Estados Unidos con los Secretarios de Estado, de la Guerra y de la Armada, al campamento del General Winder, habia servido mas bien para introducir la confusion que para animar al ejército, pues comenzaban á circular los rumores mas contradictorios; cundia la alarma y reinaba el mayor desorden. Con este motivo dice Ingersoll: «Tal era la falta de disciplina, la insubordinacion y el aturdimiento entre aquella muchedumbre de ciudadanos de todas clases y edades, que un antiguo oficial dijo, *que aquel campamento*

parecia mas bien destinado á dar carreras de caballos, y que habia mas ruido que en una feria. Los marinos y los individuos de la milicia disputaban á cada momento, y los centinelas se transmitian el santo y seña en voz tan alta, que cualquiera hubiera podido oírles á cincuenta varas de distancia.

El 23 de agosto, los ingleses divisaron á un numeroso cuerpo de americanos, y para enganar al enemigo recurrieron á una estratagemata que no dejó de salirles bien. Cuando se hallaban ya á una distancia conveniente, aparentaron huir, emprendiendo la retirada hácia Alejandria, y engañado con esto el general Winder abandonó la fuerte posición que ocupaba; fatigó á sus tropas con una marcha inútil hácia dicha ciudad, y al descubrir su equivocacion, apenas le quedó tiempo para ocupar las alturas de Bladensburg sin que se presentara el enemigo. Antes de verificarse esta imprudente retirada, el Presidente pasó revista **1814.** en el campamento de Winder á unos tres mil hombres, tratando de escitar en ellos un entusiasmo que él estaba lejos de sentir, y si bien es cierto que luego llegaron nuevas partidas de milicia y voluntarios, no fueron tan numerosas como se esperaba, y así pues, las tropas del general americano, no escaparon nunca en mucho de cinco mil hombres.

Dejando ahora á Winder convenientemente situado en Bladensburg con veintiseis cañones que dominaban el único puente por el cual se podia cruzar, diremos ahora cuál fué la conducta del Presidente y de los jefes de los departamentos en aquella ocasion. Parece que cada uno de aquellos deseaba encontrar á toda costa un general y un ejército; Monroe recorrió el campamento á primera hora de la mañana, aconsejando que se enviase al general Armstrong á Bladens-

burg; el Secretario del Tesoro, profundamente disgustado por la crítica situación en que se hallaba, prestó sus pistolas al Presidente por si queria hacer uso de ellas para su defensa, y Madison y su Estado Mayor, sabiendo que se aproximaba el enemigo, y queriendo animar al general Winder, estuvieron á punto de caer en manos de los ingleses por equivocacion. Viendo, sin embargo, que poco podria hacerse, el Presidente se volvió á Washington despues de haber consultado con los oficiales que le rodeaban á caballo, no sin disponer antes que el bravo comodoro Barney y sus valientes, marchasen á reforzar las líneas americanas para hacer algo por su patria.

Aunque los ingleses estaban sumamente fatigados, no solo por la marcha, sino por el calor bochornoso que hacia, avanzaron resueltamente para ocupar el pueblo que acababan de dejar los americanos, y despues de un ligero reconocimiento, durante el cual los soldados se protegieron con las casas del fuego del enemigo, avanzaron hácia el puente donde sufrieron considerables pérdidas no solo por el fuego de la artillería, sino tambien por el de los tiradores de Pinkney. Sin embargo, situándose luego á la izquierda y derecha del camino, continuaron el ataque protegidos eficazmente por el fuego de seis pedreros y pusieron en dispersion á las avanzadas de los americanos, que retrocediendo en desorden, introdujeron la confusion en la primera línea antes de disparar esta un solo tiro. En menos tiempo del que se necesita para decirlo, y cuando apenas se habian dejado ver los ingleses, el general Winder dispuso que se retirase aquella línea, y los hombres que la componian huyeron atropelladamente (*).

(*) La *Historia de la invasion y toma de Washington*, obra últimamente publicada por el coronel Williams, con-

Por algun tiempo no solo sostuvo la segunda línea el choque, sino que rechazó á los ingleses, los cuales, arrojando inmediatamente las mochilas que entorpecian sus movimientos, se estendieron rápidamente en ala para formar una línea igual á la de sus enemigos. En aquel momento cruzó el puente la segunda brigada inglesa, y despues de formar en orden de batalla avanzó tambien á la carga resueltamente, de tal modo, que viéndose la segunda línea de los americanos atacada de frente y por su flanco izquierdo, se desbandó, huyendo precipitadamente. Solo Barney y sus marinos se resistieron, haciendo jugar la artillería con una prontitud y precision que admiró á sus enemigos, tanto mas cuanto que muchos permanecieron firmes en su puesto hasta caer atravesados á bayonetazos; poco despues, herido tambien el intrépido Barney, fué hecho prisionero, y entonces los marinos que aun estaban ilesos abandonaron el campamento.

En aquella memorable ocasion no murieron mas que unos cincuenta americanos; los demás huyeron dominados por un indecible terror, y segun parece, el único que murió en esta retirada, fué un capitán del ejército regular, hombre de un valor á toda prueba, que dejándose dominar por el pánico de los fugitivos, corrió de tal modo que al fin cayó muerto. Los ingleses perdieron unos seiscientos ó setecientos hombres entre muertos, heridos y estraviados, incluso varios oficiales de distincion, pero se apoderaron de diez cañones. Es de advertir que en aquella singular batalla, que duró desde **1814.** la una hasta las cuatro de la tarde del 24 de agosto, los ingleses no pudieron

tiene mas estensos detalles de los que nosotros podemos dar: este libro es una recopilacion de otros que tratan del mismo asunto y estamos con el autor cuando dice que la censura recayó en las tropas, siendo así que eran otros los que la merecian.

montar mas que un cañon, ni tomó parte en el combate caballería alguna, y que rendidos de fatiga á causa del calor espantoso que se dejaba sentir, no pudieron perseguir á los americanos. Tan indispensable era el reposo para las tropas británicas, que todos los soldados se echaron á dormir en el campo de batalla, y solo dos horas despues pudieron continuar su marcha hácia Washington, aprovechando la brisa de la tarde. Los pocos esfuerzos hechos por el general Winder para metodizar la marcha convirtiéndola en una ordenada retirada, fueron del todo inútiles. Unos dos mil hombres bien armados, incluso un regimiento de Virginia, que aunque llegado la tarde anterior no pudo adquirir armas hasta haberse terminado la batalla, hicieron alto á unas dos millas de Washington; pero el general Winder, segun dice Ingersoll, juzgó prudente que se retiraran á otra posicion mas cerca de la ciudad donde pensaba establecer su campamento. Una vez allí, no obstante, el jefe mudó de parecer y dispuso que las tropas se dirigieran al Capitolio, en cuyo punto deberian aguardar al enemigo; el general Armstrong propuso luego que aquellas se formasen en dos alas alrededor del citado edificio, pero Winder no quiso acceder, alegando que el Capitolio podria convertirse en una *ratonera* de la cual no les seria fácil escapar á los que se hallasen en ella, y que despues de todo, era en su concepto lo mas acertado acampar en las alturas de Georgetown, mas allá de Washington. Monroe opinó del mismo modo. Por la sétima vez en aquel mismo dia, se dió la orden de retirada, orden que los soldados no obedecieron sin proferir amargas quejas, y algunos de ellos sin verter lágrimas de rabia porque se les obligaba á volver la espalda al enemigo, que entonces dormia tranquilamente á un tiro de

cañon de la capital. Abandonar sus casas, su hogar y sus familias, dejando á sus mujeres é hijos á la merced de un enemigo implacable, era una cosa insufrible, y por esto, las repetidas órdenes de retirada dieron lugar á las quejas y enérgicas protestas de los americanos, dispuestos á insubordinarse. Conservar el orden entre aquellas tropas completamente desmoralizadas, era de todo punto imposible; rotas las filas, y sin escuchar las órdenes de sus jefes, dirigieronse atropelladamente y sin concierto por el solitario camino que conduce á Washington para reunirse luego en Georgetown con una turba indisciplinada, con la cual no era dable organizar un ejército para oponerse al enemigo. Poco despues, nuevas partidas de americanos llegaron en desorden á Tenlytown, donde reinaba la mayor alarma, pues se acababa de pegar fuego al depósito de efectos navales, y solo se veian por los alrededores fugitivos de todas clases y sexos que buscaban un refugio, sin ánimo para empuñar las armas, aun cuando habia entre ellos hombres de valor. La mayor parte de ellos se dirigieron á Montgomery, punto situado á quince millas de Georgetown, donde el valeroso, pero mal aconsejado general de nuestras tropas, deploraba, aunque tarde, el haber abandonado sus posiciones en Nottingham y en los campos de Bladensburg, poniendo en peligro la capital de su patria por economizar la sangre de sus compatriotas en una batalla (*).

Apenas se hubo propagado la alarma, el Secretario de la Armada espidió inmediatamente una orden para que se volara la goleta de guerra *Argos*, de diez cañones, la corbeta *Lynx*, cinco balandras, dos cañoneras, la fragata *Columbia* y varios almace-

(*) Ingersoll, *Historia de la segunda guerra*, vol. II, página 181.

nes militares; los buques fueron destruidos inmediatamente. La llegada de algunos fugitivos de Bladensburg, aumentó el pánico que ya predominaba en la ciudad; el Presidente huyó despues de recoger sus papeles mas importantes y el retrato de Washington, de cuerpo entero, que aun adorna hoy dia la Casa Blanca; Armstrong, provisto de una de las novelas de Walter Scott, se refugió en una casa de labranza; los demás miembros del Gobierno buscaron un asilo donde mejor les pareció, y entretanto, varios empleados de la Administracion guardaron en sitio seguro los documentos mas importantes. La ciudad de Washington quedó espuesta al saqueo antes de la llegada del enemigo, y por algun tiempo reinó la mas espantosa anarquía en la capital de los Estados- Unidos.

En tal estado de cosas, y á eso de las ocho de la noche, penetró en la desierta ciudad el general Ross acompañado de Cockburn y unos doscientos hombres; los ocho ó diez mil habitantes de Washington habian huido en su mayor parte antes de llegar el enemigo. Cuando este iba avanzando por las calles, un desconocido disparó un tiro desde la casa de Mr. Sewall, y mató el caballo del general inglés; esta fué la señal de empezar la obra de destruccion. La soldadesca asaltó inmediatamente la casa; se pegó fuego al Capitolio, donde quedó reducida á cenizas la biblioteca del Congreso con otros muchos documentos públicos de gran valor; la residencia oficial del Presidente, así como las oficinas del Tesoro y las del Estado, sufrieron la misma suerte, y por último se destruyó un gran número de cañones y se clavaron otros ó se arrojaron al rio juntamente con una gran cantidad de balas, bombas, granadas y cartuchos. Tal habia sido el terror de los americanos que, al proceder á la destruc-

cion de los efectos navales, dejaron varios centenares de cañones de hierro sin tocar; y no solo estas piezas, sino tambien el arsenal, que estaba cerca de allí, se salvaron de la locura de ingleses y americanos.

Mientras el ejército británico se hallaba en Washington, notáronse señales de una próxima tormenta, que en efecto estalló por la noche, y al mismo tiempo comenzó á soplar un huracán espantoso, que hizo estragos en la ciudad, pues comunicándose las llamas que envolvian el Capitolio á otros varios edificios, declaróse una terrible conflagracion que amenazaba destruir la ciudad entera. El resplandor de los relámpagos, el crujir de los cañones, la esplosion de los depósitos de pólvora y el fragor de los truenos, aumentaban la grandiosidad de aquella escena imponente.

Al otro dia por la mañana continuó la obra de destruccion: el departamento de la guerra fué incendiado; el mismo Cockburn dirigió el saqueo de las oficinas del periódico *El Avisador Nacional*; el gran puente del Potomac quedó tambien destruido, y habiendo caido por casualidad una tea encendida en un pozo seco del arsenal de Greenleaf's Point, destinado á depósito de cartuchos, pólvora y otros combustibles, se produjo una terrible esplosion, á consecuencia de la cual quedaron destruidas varias casas contiguas, muriendo una porcion de soldados que se hallaban cerca del lugar del siniestro. Tambien sufrieron mucho las casas particulares por los abusos de los invasores, pero merced á la intervencion del general Ross, quien segun parece se avergonzó de aquella devastacion, no fueron las depredaciones tan numerosas como lo deseaba Cockburn (*).

(*) El valor de lo que se destruyó en Washington escedia de dos millones de duros. No tenemos datos para calcular las pérdidas sufridas por los particulares en aquella desgraciada invasion.